DE "LOS DE ABAJO"

POR MARIANO AZUELA (1)

IV

Asomó Juchipila a lo lejos, blanca y bañada de sol, en medio del frondaje, al pie de un cerro elevado y soberbio, plegado como turbante.

Algunos soldados, mirando las torrecillas de Juchipila, suspiraron con tristeza. Su marcha por los cañones era ahora la marcha de un ciego sin lazarillo; se sentía ya la amargura del éxodo.

—¿Ese pueblo es Juchipila?—preguntó Valderrama.

Valderrama, en el primer período de la primera borrachera del día, había venido contando las cruces diseminadas por caminos y veredas, en las encrespaduras de las rocas, en los vericuetos de los arroyos, en las márgenes del río. Cruces de madera negra recién barnizada, cruces forjadas con dos leños; cruces de piedras en montón, cruces pintadas con cal en las paredes derruídas, humildísimas cruces trazadas con carbón sobre el canto de las peñas. El rastro de sangre de los primeros revolucionarios de 1910, asesinados por el gobierno.

Ya a la vista de Juchipila, Valderrama echa pie a tierra, se inclina, dobla la rodilla, y gravemente besa el suelo.

Los soldados pasan sin detenerse. Unos ríen del loco, y otros le dicen alguna cuchufleta.

Valderrama, sin oír a nadie, reza su oración solemnemente:

—¡Juchipila, cuna le la Revolución de 1920, tierra bendita, tierra regada con sangre de mártires, con sangre de soñadores... de los únicos buenos!...

—Porque no tuvieron tiempo de ser malos—completa la frase brutalmente un oficial ex-federal que va pasando.

Valderrama se interrumpe, reflexiona, frunce el ceño, lanza una sonora carcajada que resuena por las peñas, monta y corre tras el oficial a pedirle un trago de tequila.

Soldados mancos, cojos, reumáticos y tosigosos, dicen mal de Demetrio. Advenedizo de banqueta causan alta con barras de latón en el sombrero, antes de saber siquiera cómo se coge un fusil, mientras que el veterano fogueado en cien combates, inútil ya para el trabajo, el veterano que comenzó de soldado raso, soldado raso es todavía.

Y los pocos jefes que quedan, camaradas viejos de Macías, se indignan también, porque se cubren las bajas del Estado Mayor con señoritines de capital, perfumados y peripuestos.

—Pero lo peor de todo—dice Venancio—es que nos estamos llenando de ex-federales.

El mismo Anastasio, que de ordinario encuentra muy bien hecho todo lo que su compadre Demetrio hace, ahora en causa común con los descontentos, exclama:

—Miren, compañeros, yo soy muy claridoso.... y yo le digo a mi compadre que si vamos a tener aquí a los federales siempre, malmente andamos... ¡De veras! ¿a que no lo creen?.... Pero yo no tengo pelos en la lengua, y por vida de la madre que me parió, que se lo digo a mi compadre Demetrio.

Y se lo dijo.

Demetrio lo escuchó con mucha benevolencia, y luego que aquel acabó de hablar, le contestó:

—Compadre, es cierto lo que usted dice. Malmente andamos: los soldados hablan mal de las clases, las clases de los oficiales, y los oficiales de nosotros... Y nosotros estamos ya pa despachar a Villa y a Carranza, a la... a que se diviertan solos... Pero se me afigura que nos está sucediendo lo que a aquel peón de Tepatitlán. ¿Se acuerda compadre? No paraba de rezongar de su patrón, pero no paraba de trabajar tampoco. Y así estamos nosotros: a reniega y reniega y a mátenos y mátenos... Pero eso no hay que decirlo, compadre....

—¿Por qué, compadre Demetrio?...

—Pos yo no sé... Porque no... ¿ya me entiende? Lo que ha de hacer es dármele ánimo a la gente. He recibido órdenes a detener una partida que viene por Cuquío. Dentro de muy poquitos días tenemos que darnos un encontronazo con los "carranclanes", y es bueno pegarles ahora hasta por debajo de la lengua.

Valderrama, el vagabundo de los caminos reales, que se incorporó a la tropa un día, sin que nadie supiera a punto fijo cuándo ni en dónde, pescó algo de las palabras de Demetrio, y como no hay loco que coma lumbre, ese mismo día desapareció, como había llegado.

V

Entraron a las calles de Juchipila, cuando las campanas de la iglesia repicaban alegres, ruidosas, y con aquel su timbre peculiar que hacía palpitar de emoción a toda la gente de los Cañones.

—Se me figura, compadre, que estamos allá en aquellos tiempos, cuando apenas iba comenzando la revolución, cuando llegábamos a un pueblito y nos repicaban mucho, y salía la gente a encontrarnos con músicas, con banderas, y nos echaban muchos vivas y hasta cohetes nos tiraban—dijo Anastasio Montañez.

—Ahora ya no nos quieren — repuso Demetrio....

—¡Sí, como vamos ya de "rota batida"! — observó la Codorniz.

—No es por eso.... a los otros tampoco los pueden ver ni en estampa.

—Pero, ¿cómo nos han de querer, compadre?

Y no dijeron más.

Desembocaban en una plaza, frente a la iglesia octagonal, burda y maciza, reminiscencia de tiempos coloniales.

La plaza debía haber sido jardín, a juzgar por sus naranjos escuetos y roñosos, entreverados entre restos de bancas de hierro y madera.

Volvió a escucharse el sonoro y regocijante repique. Luego con melancólica solemnidad se escaparon del interior del templo las voces melifluas de un coro femenino. A los acordes de un guitarrón las doncellas del pueblo cantaban los "Misterios".

—¿Qué fiesta tienen ahora, señora? — preguntó Venancio a una vejarruca que a todo correr se encaminaba hacia la iglesia

—¡Sagrado Corazón de Jesús! — repuso la beata medio ahogándose.

Se acordaron de que hacía un año ya de la toma de Zacatecas. Y todos se pusieron más tristes todavía.

Igual a los otros pueblos que venían recorriendo desde Tepic, pasando por Jalisco, Aguascalientes y Zacatecas, Juchipila era una ruina. La huella negra de los incendios se veía en las casas destechadas, en los pretiles ardidos. Casas cerradas; y una que otra tienda que permanecía abierta era como por sarcasmo, para mostrar sus desnudos armazones, que recordaban los blancos esqueletos de los caballos diseminados por todos los caminos. La mueca pavorosa del hambre estaba ya en las caras terrosas de la gente, en la llama luminosa de sus ojos que, cuando se detenían sobre un soldado, quemaban con el fuego de la maldición.

Los soldados recorren en vano las calles en busca de comida y se muerden la lengua ardiendo en rabia. Un solo fonducho está abierto y en seguida se aprieta. No hay frijoles, no hay tortillas; puro chile picado y sal corriente. En vano los jefes muestran sus bolsillos reventando de billetes, o quieren ponerse amenazadores.

—¡Papeles, sí..... eso nos han traído ustedes!.... ¡Pos eso coman!.....— dice la fondera, una viejota insolente, con una enorme cicatriz en la cara, quien cuenta que "ya durmió en el petate del muerto" para no morirse de un susto.

Y en la tristeza y desolación del pueblo, mientras cantan las mujeres en el templo, los pajarillos no cesan de piar en las arboledas, ni el canto de las currucas deja de oirse en las ramas secas de los naranjos.

---

(1) Esta novela mexicana constituye uno de los más recientes y mejores éxitos literarios y editoriales hispanoamericanos. Conocemos ya de ella tres ediciones casi simultáneas. En obsequio al interés de nuestro público por los temas mexicanos, publicamos estas páginas.